

cosas. Reflexiona. Toda su actitud: aquel gesto amargo, ponderado, el rostro sumido, huesudo, la cabeza levemente inclinada, nos le presenta como el más acabado tipo de la reflexión.

Dicen que escribió fábulas, que vivió algún tiempo como esclavo y murió, ya libre, a manos de los vengativos habitantes de Delfos, despeñado por la roca Hiampea.

Posiblemente el realismo de Velázquez nos presenta al mítico Esopo, en el momento impar de comparecer ante los de Delfos, que sentencian a cruel pena al padre de la fábula. Se muestra en un gesto supremo de dominio. No se defiende. Ha recorrido desde su patria frigia (?) Egipto, Grecia, Asia. Ha paseado su joroba y fealdad, pero también su ingenio y prudencia por la culta Atenas, por la corte del riquísimo Creso de Lidia. Fué amigo de Solón el legislador. En su libro, que sostiene con cariño, va toda su experiencia y reflexión hechas fábula.

Piensa que ya no necesita vivir más y mira a la muerte sin miedo y sin odio.

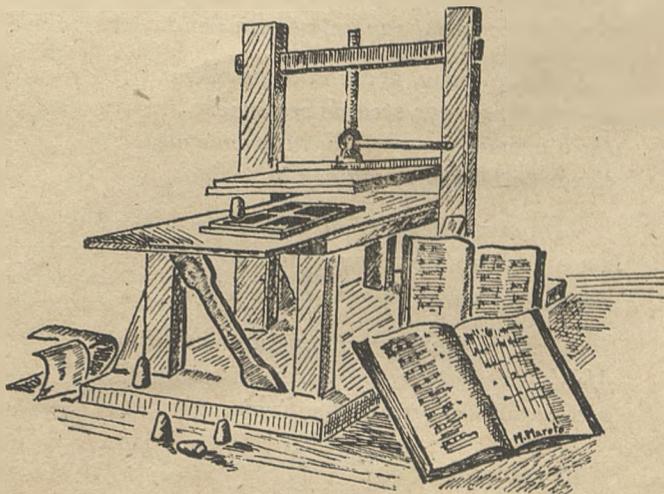
*
**

Envueltos en el tiempo conversan animadamente las escultóricas figuras de Santiago el Menor y San Juan, en el pórtico de la Gloria de la Catedral Compostelana.

Santiago, anciano y bondadoso muestra, al sonriente y lampiño Juan, un libro y a su vez mira, con simpática curiosidad, el que su colega de apostolado le enseña.

El maestro Mateo infundió vida a este conjunto inigualado del arte Románico, que no ha perdido la gracia, la agilidad y la belleza que su autor le diera. Ha desaparecido el hieratismo de las figuras, aquella seriedad un poco teatral que vemos en la pintura y escultura de la misma época. La rigidez ha dado paso a la jovialidad.

Los peregrinos, que en número incalculable visitan el famoso pórtico, no se sentirán cohibidos ante personajes que infundan miedo o temor; una corriente de simpatía, de familiar acogida, llena la construcción del maestro Mateo, que, en humildelugar, presencia, desde el siglo XII, el desfile de la Humanidad en admirativo clamor.



Junto a una ventana que nos deja ver un paisaje convencional de montaña—azul y verde—luminoso, lee y medita la dulce y serena majestad de la Emperatriz Isabel.

Mitad portuguesa, mitad castellana, guarda en su mirada, llena de placidez, una sensación de melancólica lejanía.

Con una palabra podemos comprender la perfecta composición de Tiziano: nostalgia.

Nostalgia de su Lisboa, marinera y bucólica, que la vió nacer.

Nostalgia de aquella Sevilla—luz delirante—que presenció, vestida de fiesta, sus bodas con el César Carlos.

Nostalgia de su esposo, caballero andante por los caminos de la torcida Europa.

Por unos instantes ha dejado de leer. Su libro de horas, abierto, reposa, acariciado por su mano, en el halda. Medita envuelta en ese sosiego que reflejan sus hermosos ojos y el insuperable dibujo de su boca. Todo es silencio y paz.

Un piadoso murmullo recorre la difícil topografía de la Ciudad Imperial. Sacerdotes cantan, en procesión conmovedora, las preces que el pueblo de Toledo repite una y otra vez. Grupos de disciplinantes ponen una nota dolorosa y trágica, con sus espaldas desnudas y sangrantes. ¡Se muere la Emperatriz!

Un designio heroico, cuajado en el orgullo y en la fe, impide actuar a la Ciencia. Aquella mujer, toda paz, consumida por la fiebre, se niega resueltamente a someter su cuerpo a la observación médica.

El pudor, aquí, puede más que la muerte.

En plena Primavera, cuando todo era flor en la campiña toledana, las solemnes campanas de la Catedral anuncian la muerte de una flor que en la primavera de la vida se tronchaba, marchitándose para siempre...